

EL PAIS

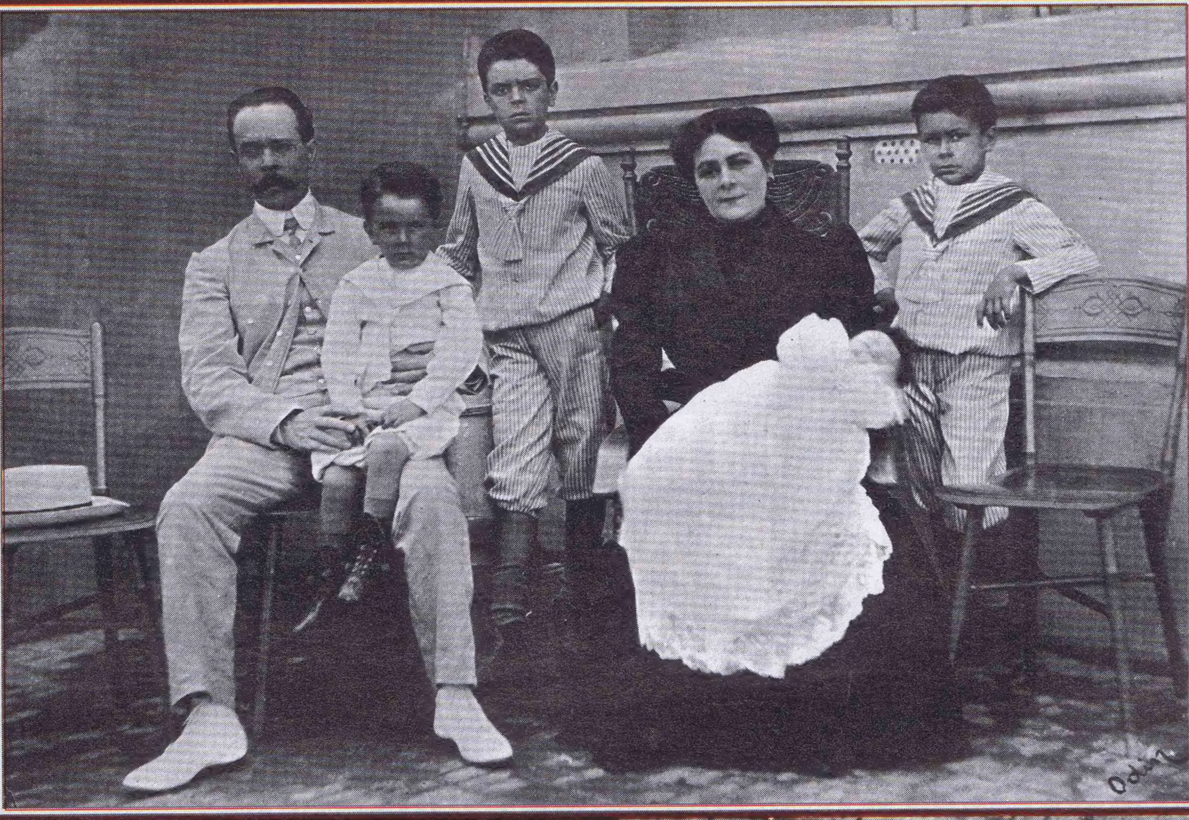
HISTORIA del URUGUAY en IMÁGENES

WILLIMAN: LA HERENCIA DE BATLLE

La candidatura del Dr. Claudio Williman
Los blancos en 1910 / Orígenes del Batllismo
Luis Alberto de Herrera

El Doctor Claudio Williman

De los muchos políticos destacados que lo rodeaban en su partido y cuyas virtudes y defectos Batlle había podido observar en la práctica, ninguno podía ofrecerle la garantía, el desinterés político y la honestidad personal que le ofrecía el Doctor Williman. El Doctor Claudio Williman era un hombre joven, proveniente de un hogar modesto de origen gallego, aunque su apellido indicaba orígenes de raíz germánica.



La proclamación de Williman postergó las aspiraciones de hombres como Campistegui y el Ing. Serrato, que se sentían con mayor derecho para aspirar a la primera magistratura. En este retrato vemos a Claudio Williman acompañado de su esposa y sus cuatro hijos.

Fue estudiante destacado y desde un principio mostró marcada vocación por las ciencias físico-naturales, iniciándose muy joven como profesor de Física en la Sección Enseñanza Secundaria. Recibido de bachiller optó luego por el estudio del Derecho, siendo Decano de Enseñanza Secundaria, profesor y luego Decano en la Facultad de Derecho y, por último, Rector de la Universidad.

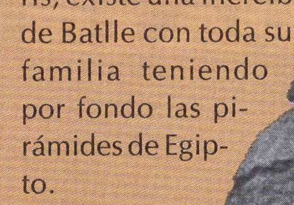
Colorado definido desde un principio –aunque con el inevitable pase fugaz por el Partido Constitucional –el Doctor Williman fue llamado por Batlle durante su primera presidencia para desempeñar la cartera de gobierno hoy llamada Ministerio del Interior. Durante la guerra civil de 1904 fue Oficial de Guardias Nacionales, cumpliendo su deber en las Fuerzas Armadas, en cuyos centros de formación había desempeñado también la cátedra de su asignatura.

Imágenes de tapa:
Inauguración de una línea de tranvías.
Fotografía tomada en el puerto de Montevideo momentos antes de la partida de Batlle hacia Europa. A su derecha aparece el Presidente entrante Williman.

La candidatura

No obstante, cuando Batlle decidió, hacia el final de su mandato, ungir al Doctor Williman con la candidatura presidencial hubo un momento de gran sorpresa en la clase política, en la que seguramente había más de un aspirante secreto a esa nominación. La cosa llegó a tal grado que el diario «El Día» tuvo que publicar una especie de suplemento que reseñaba prolijamente los detalles de la carrera del candidato, tratando de fundar así, con más elementos, la decisión presidencial. Pero, a esa altura de las cosas, la autoridad de Batlle era tal y la idea de que volvería a ser presidente tan afirmada que la convención partidaria proclamó al candidato oficial sin problema. Era sabido, por otra parte, que el Doctor Williman distaba mucho de ser un hombre dócil y que siempre había manifestado –como lo confirmaron los hechos– gran independencia de criterio.

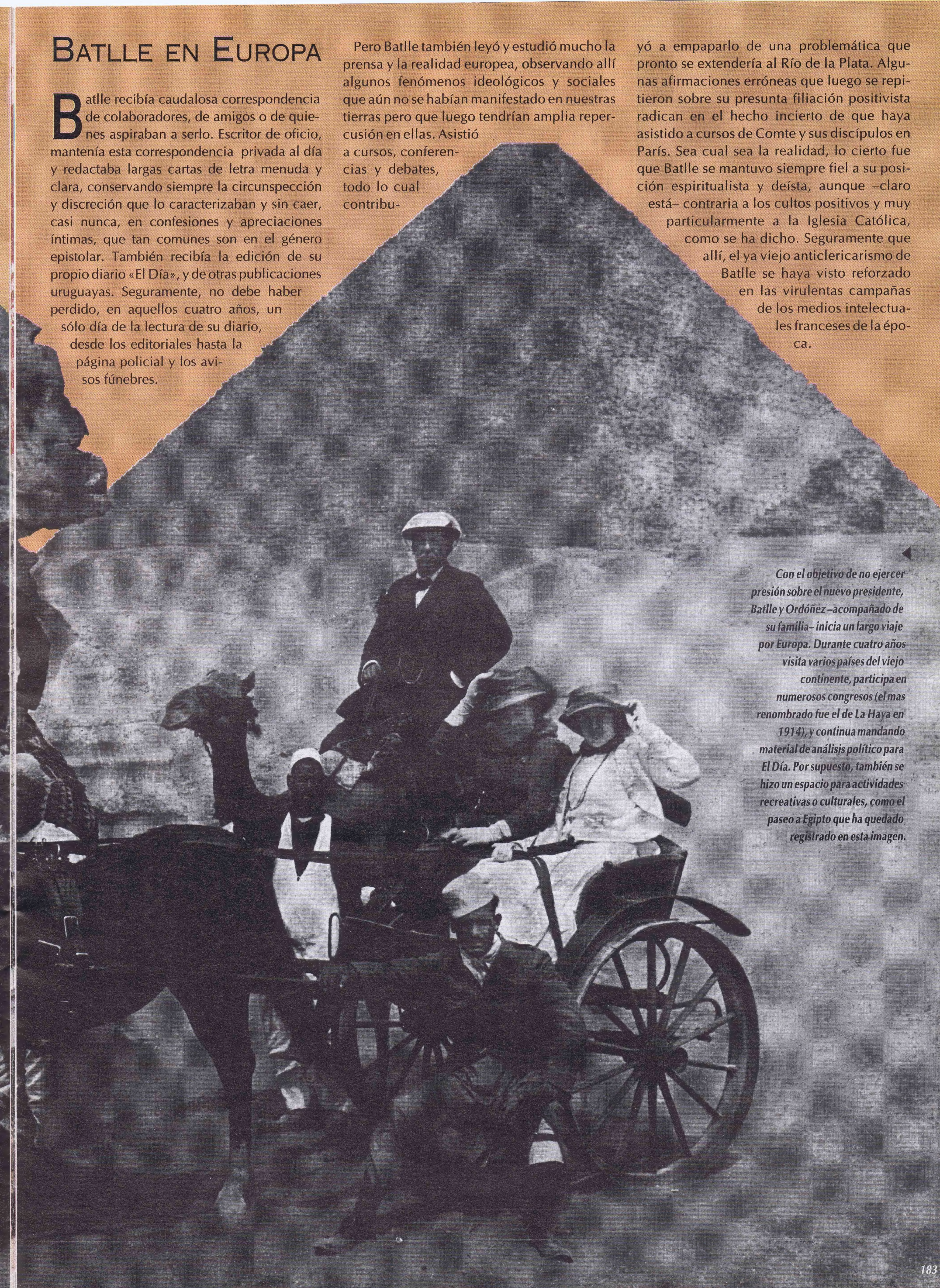
Batlle partió, pues, para Europa, con la seguridad de dejar las cosas en orden y a tomarse un merecido descanso. Aparte de la frondosa colección de fotos familiares en las capitales europeas y particularmente en París, existe una increíble foto de Batlle con toda su familia teniendo por fondo las pirámides de Egipto.



Batlle en Europa

Batlle recibía caudalosa correspondencia de colaboradores, de amigos o de quienes aspiraban a serlo. Escritor de oficio, mantenía esta correspondencia privada al día y redactaba largas cartas de letra menuda y clara, conservando siempre la circunspección y discreción que lo caracterizaban y sin caer, casi nunca, en confesiones y apreciaciones íntimas, que tan comunes son en el género epistolar. También recibía la edición de su propio diario «El Día», y de otras publicaciones uruguayas. Seguramente, no debe haber perdido, en aquellos cuatro años, un sólo día de la lectura de su diario, desde los editoriales hasta la página policial y los avisos fúnebres.

Pero Batlle también leyó y estudió mucho la prensa y la realidad europea, observando allí algunos fenómenos ideológicos y sociales que aún no se habían manifestado en nuestras tierras pero que luego tendrían amplia repercusión en ellas. Asistió a cursos, conferencias y debates, todo lo cual contribuyó a empaparlo de una problemática que pronto se extendería al Río de la Plata. Algunas afirmaciones erróneas que luego se repitieron sobre su presunta filiación positivista radican en el hecho incierto de que haya asistido a cursos de Comte y sus discípulos en París. Sea cual sea la realidad, lo cierto fue que Batlle se mantuvo siempre fiel a su posición espiritualista y deísta, aunque –claro está– contraria a los cultos positivos y muy particularmente a la Iglesia Católica, como se ha dicho. Seguramente que allí, el ya viejo anticlericarismo de Batlle se haya visto reforzado en las virulentas campañas de los medios intelectuales franceses de la época.



Con el objetivo de no ejercer presión sobre el nuevo presidente, Batlle y Ordóñez –acompañado de su familia– inicia un largo viaje por Europa. Durante cuatro años visita varios países del viejo continente, participa en numerosos congresos (el mas renombrado fue el de La Haya en 1914), y continua mandando material de análisis político para El Día. Por supuesto, también se hizo un espacio para actividades recreativas o culturales, como el paseo a Egipto que ha quedado registrado en esta imagen.



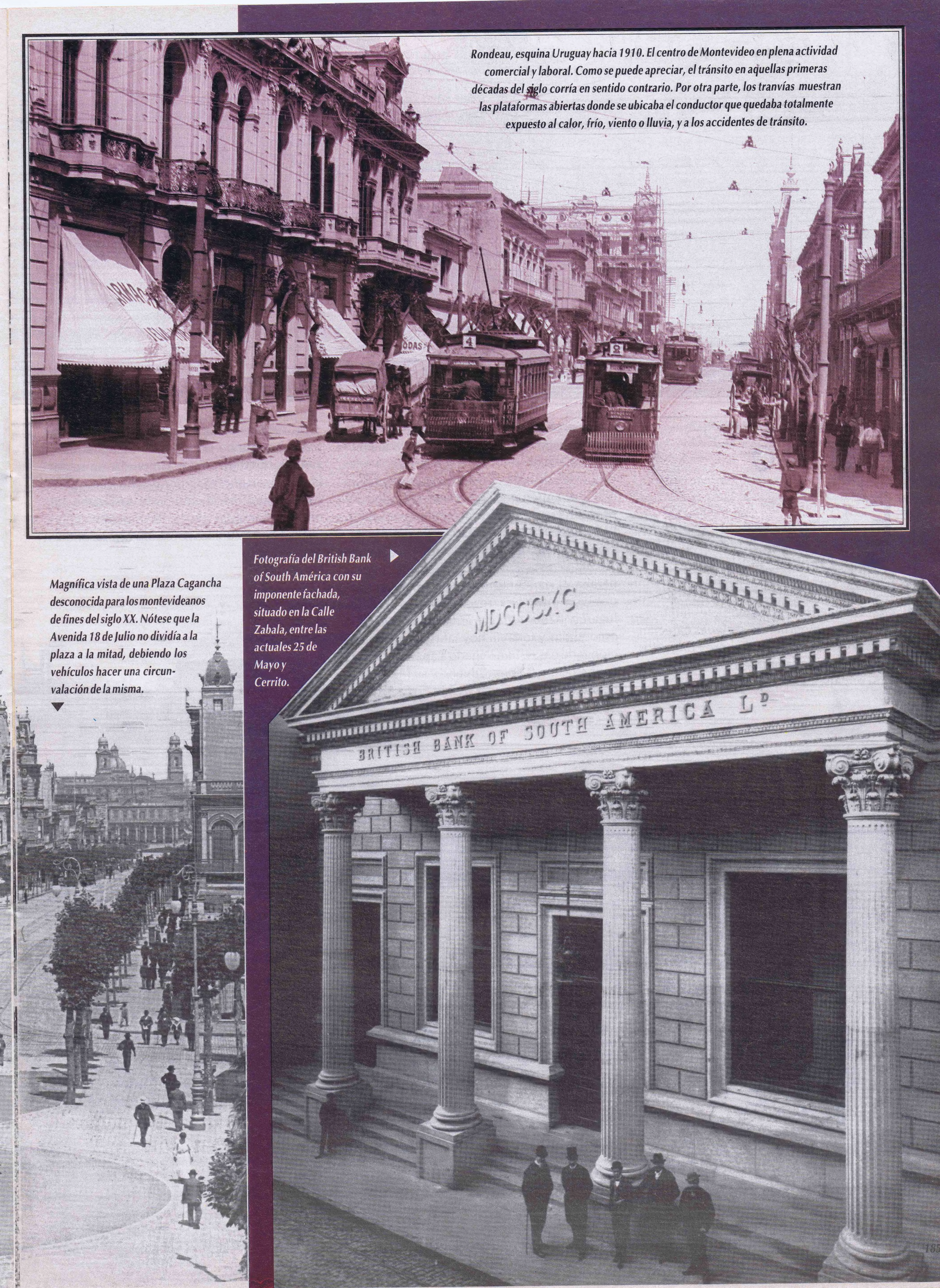
La candidatura de Williman había sido decretada con 16 meses de anticipación. El primero de marzo de 1907, en un Cabildo colmado de gente, Williman gana las elecciones con los 70 votos de los representantes del Partido Colorado. Tenía 44 años de edad.

El Gobierno del Doctor Williman

Los que creyeron, sin embargo, que Williman ejecutaría puntualmente órdenes de Batlle se llevaron una gran sorpresa, porque, desde un principio, el nuevo gobernante manifestó una independencia de criterio que nadie pensaba que podía mantener. Sin embargo, el propio Williman diría después, reseñando su gestión –que abarcó el período 1907-1911– que su política, si bien seguía los lineamientos generales trazados por su antecesor, tenía matices propios, hasta el extremo de que algunos tildaron de conservador al gobierno de Williman, en comparación con el marcado «avancismo» –como se decía entonces– del estilo de Batlle. La tónica de austeridad y de honradez administrativa anteriores se mantuvieron, aunque debe señalarse que la actitud del Presidente frente a los reiterados conflictos obreros fue enérgica y expuso aspectos de una dureza que Batlle se había cuidado mucho en mostrar.

Pero mientras Batlle enviaba frondosa correspondencia sobre la problemática europea y daba a Domingo Arena detalladísimas instrucciones sobre los arreglos que se estaban realizando en su quinta de Piedras Blancas, el gobierno de Williman transcurrió sin grandes sobresaltos aunque –como suele suceder– la proximidad de las elecciones comenzó a agitar el panorama.

Batlle fue proclamado candidato a un segundo período presidencial por la Convención de su partido cuando todavía estaba en Europa, y los restos de antiguas oposiciones carecían ya de fuerza ante la evidencia de los hechos. En el Partido Nacional la situación seguía siendo de desorientación, ya que mientras que algunos luchaban y lograban ingresar a bancas parlamentarias, otros –siguiendo una opinión difusa pero muy viva en el Partido Nacional– pensaban en volver a las cuchillas.



Rondeau, esquina Uruguay hacia 1910. El centro de Montevideo en plena actividad comercial y laboral. Como se puede apreciar, el tránsito en aquellas primeras décadas del siglo corría en sentido contrario. Por otra parte, los tranvías muestran las plataformas abiertas donde se ubicaba el conductor que quedaba totalmente expuesto al calor, frío, viento o lluvia, y a los accidentes de tránsito.

Magnífica vista de una Plaza Cagancha desconocida para los montevideanos de fines del siglo XX. Nótese que la Avenida 18 de Julio no dividía a la plaza a la mitad, debiendo los vehículos hacer una circunvalación de la misma.

Fotografía del British Bank of South América con su imponente fachada, situado en la Calle Zabala, entre las actuales 25 de Mayo y Cerrito.



Fiesta escolar en 1908, con motivo de la celebración del 25 de Agosto en la calle Piedras.

Playa y Hotel de Pocitos con su larga pasarela de madera que se internaba en el mar unos 100 metros. Mas allá de su valor estético, la fotografía constituye un verdadero retrato de las costumbres de la burguesía de aquella época. Se deduce el carácter casi epopéyico que revestía una excursión a la playa. Verdaderos «mártires de las arenas», hombres y mujeres partían desde la ciudad al amanecer para llegar dos horas después a la playa. La censura social no permitía atuendos audaces. Vestidas de riguroso largo, con sombrillas y sombreros de ala ancha, las bellas muchachas de principios de siglo soportaban el latigazo de los soles del verano. Al centro/derecha de la imagen se aprecian los carros «blindados» que conducían a las personas mar adentro. Allí dentro se cambiaban –lejos de miradas lujuriosas– y se daban baños de mar que no excedían los cinco minutos.

Los Blancos en 1910

El panorama del nacionalismo en esos años era bastante desolado, sin que hubiese figuras rectoras que pudieran aspirar a unificar tras sí la opinión partidaria. Acevedo Díaz había quedado totalmente descalificado por su colaboración con Batlle, los distintos jefes militares que tenían importancia regional carecían de una estatura que los hiciese conocidos y aceptados por la opinión nacionalista de todo el país.

Una profunda fractura dividía a la opinión nacionalista frente a lo que iba haciendo Batlle y el batllismo. Esa fractura estaba referida a las distintas actitudes que se podían adoptar, ya sea presentándose a las elecciones, aún con leyes electorales desfavorables, para obtener algunas tribunas de representación parlamentaria o por el contrario, la vieja actitud de rebeldía nacionalista que sólo esperaba el momento oportuno para iniciar, una vez más, otra revolución. En muchos lugares, había todavía armas y municiones escondidas y todavía hoy, al realizar reparaciones de casas, han llegado a aparecer armas cuya existencia sólo el dueño y su hijo mayor conocían.

En 1910 ante la proclamación de Batlle para un segundo período presidencial realizada por la Convención Colorada, un sector blanco protagonizado por Basilio Muñoz encabezó una revolución. Este levantaba las mismas banderas de la Revolución de las Lanzas de 1870 y las revoluciones saravistas



Durante su administración, Williman optó por una política de confrontación para interaccionar con un movimiento obrero claramente influido por la ideología anarquista. Dejó de legislar sobre la llamada «cuestión social», y los choques entre obreros y policías se multiplicaron, llegándose a la eclosión en ocasión de la huelga de los ferroviarios en 1908, donde hubo hechos de violencia, clausura de locales sindicales y numerosos arrestos. En la imagen se aprecian los festejos de un 1º de Mayo de la época.

del '96, '97 y 1904: garantías electorales para poder participar en el manejo del gobierno. Pero, evidentemente, el ejército había continuado armándose y modernizándose en los años anteriores y la brecha tecnológica entre el ejército gubernamental y cualquier grupo revolucionario era prácticamente insalvable. Aun así, este espíritu indómito e indomable iba a realizar algo similar en 1935 contra Terra.

Una cosa curiosa debe decirse, sin embargo, respecto a este conato revolucionario. La puja entre Argentina y Brasil en medio de la cual surgió el Uruguay como país independiente no estaba sepultada, y hay motivos para pensar que el gobierno argentino de la época hubiese estado dispuesto a ayudar a los revolucionarios blancos e incluso pudo haberles prometido la reconquista de las Misiones, vieja aspiración irredenta de la patria oriental. En ese sentido, Batlle y el batllismo habían «uruguayizado» al Uruguay desligándolo cada vez más de su entorno regional.

Finalmente, y como era de esperar, el Partido Nacional proclamó la abstención para las elecciones alegando, como en otros tiempos, la falta de garantías. Esta ausencia de los blancos de los comicios de 1910, permitió la aparición de nuevos partidos que aspiraban a ocupar el lugar constitucional de una minoría que no se presentaba a las elecciones.

Los orígenes del «Batllismo»

Después de su regreso de Europa, el 1º de marzo de 1911 –como no podía ser de otra manera– Don José Batlle y Ordóñez fue electo por segunda vez como presidente, en un mandato que se iba a prolongar hasta 1915.

Es indudable que durante su primera presidencia Batlle se consagró no sólo como un gobernante firme, capaz de ejercer el poder sin vacilaciones, sino también como un jefe indiscutido de un Partido Colorado al que quería transformar profundamente.



Reunión partidaria realizada por la Comisión Departamental del Partido Colorado de Flores en honor a Washington Paullier.

La victoria de 1904 y la bala de Masoller pudieron ser accidentes afortunados porque, en realidad, la suerte de la revolución saravista distaba mucho de estar decidida en los hechos. Pero las cosas sucedieron de manera tal que, al morir Saravia, el derrumbe y la desintegración del ejército revolucionario fueron casi inmediatos y Batlle quedó totalmente dueño del campo. Las disputas entre los jefes nacionalistas sobre si continuar la guerra o negociar la paz, las rencillas internas y todavía la difícil relación entre los caudillos y el Directorio, colocaron a Batlle en la cumbre de su poder.

Ya hemos dicho que las ideas referentes a la organización del Partido sobre la base de una organización democrática interna, con clubes seccionales y una Convención que debía elegir las autoridades y los candidatos y, además, redactar la Carta Orgánica y el Programa de Principios, habían sido parte esencial de la prédica de «El Día» mucho antes de que Batlle se perfilase como eventual candidato a la presidencia. Su triunfo dentro de la bancada colorada y luego en la Asamblea General, su consagración como Presidente de la República y –por sobre todas las cosas– su victoria sobre los blancos dieron a su imagen una importancia fundamental que lo convertiría en la figura central de la política uruguaya hasta su muerte en 1929.

Las nuevas ideas sobre organización partidaria recibieron renovado impulso durante su primera presidencia y el Partido Colorado empezó, cada vez más, a funcionar sobre una base territorial, multiplicándose los clubes



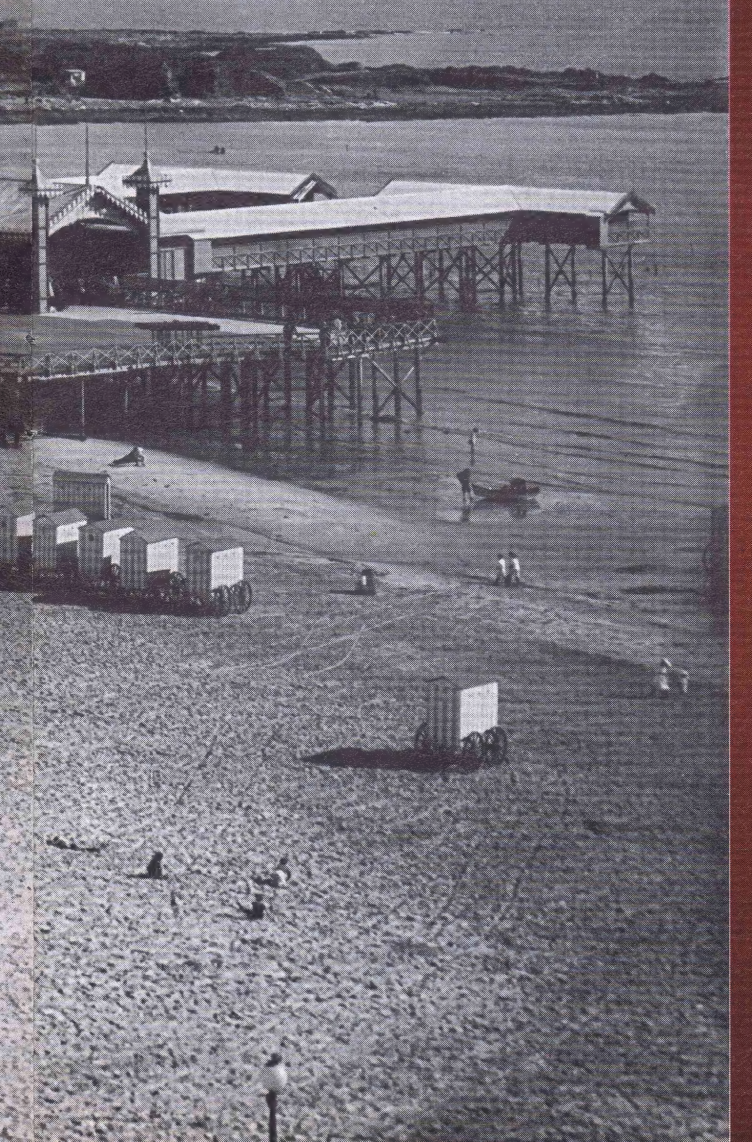
seccionales y empezando a adquirir cada vez mayor importancia los debates de la Convención, que más adelante terminaría realizándose siempre en el Teatro Royal, en la calle Bartolomé Mitre esquina Reconquista, al costado del Teatro Solís.

Aun durante la ausencia de Batlle, en sus cuatro años de permanencia en Europa, cuando la dirección de «El Día» había quedado a cargo de los Doctores Pedro Manini Ríos y Domingo Arena, la organización partidaria siguió creciendo y perfeccionándose especialmente en Montevideo pero también en algunas capitales del interior. La inminencia de que, a su regreso, Batlle sería proclamado nuevamente candidato del Partido Colorado, le daba a la incipiente organización una motivación muy fuerte dado que era seguro que el Partido Colorado, dominado por Batlle, seguiría siendo el partido de gobierno.



La expresión «batllismo» tardó, sin embargo, en imponerse. El propio Batlle, en un principio, se opuso a la utilización del término considerando que era demasiado personalista. Será recién en su segunda presidencia que la palabra empezó a imponerse y que el propio Batlle, rindiéndose ante los hechos, terminase utilizándola en su diario.

Menos aristocrática que Capurro y Pocitos, la Playa Ramírez se populariza a fines del siglo XIX, cuando, a consecuencia del quiebre del Banco Nacional, el Municipio –acreedor de dicho banco–, recibe como pago por concepto de deuda, una serie de hectáreas en las inmediaciones de dicha playa. Es en este lugar que se decide crear un Parque de Paseo denominado Urbano (mas tarde Rodó). Para ello se diseñan jardines, se construyen imponentes lagos artificiales, un castillito, y se coloca todo tipo de juegos. Con los años el Parque, y como consecuencia directa también la playa, se constituyen en verdaderos lugares de encuentro social.



El carnaval de principios de siglo XX difería mucho del que se practicaba durante las primeras décadas de la República independiente. Antiguamente se armaban verdaderas batallas campales sin reglamento alguno establecido. Los proyectiles más usados eran el clásico baldazo de agua sucia o pintura, y los huevazos de gallina o avestruz. Estos últimos eran una pieza muy cotizada por su alto poder «destructivo», ya que comúnmente eran rellenados con agua de colonia, pintura u orina, para luego ser sellados con lacre. Esta practica favoreció la sucesiva emisión de decretos represivos, además de la censura social de la aristocracia. A comienzos del siglo XX este tipo de arsenal sería sustituido por el papel picado, las serpentinas y los carros alegóricos, como los que vemos en esta imagen del carnaval de 1907.

La construcción del Parque Hotel finalizó oficialmente hacia 1911. Había costado 700000 pesos oro, y en esos años lucía magnífico con su terraza iluminada y muy concurrida, y la hermosa rambla con baranda sobre la playa. Pero no todo lo que «brilla es oro». Ya por esos días se habían establecido dentro del Hotel las mesas de juego. La reiterada censura social proveniente de la aristocracia con referencia a los juegos de azar provocó la represión de esta práctica por parte de las autoridades.





Las Convenciones en el Teatro Royal

El Royal era, en realidad, un cabaret de cierta categoría ubicado en las orillas de lo que entonces se denominaba «El Bajo». Esta zona, ubicada al sur de la calle Reconquista, abarcaba todo lo que luego se demolió en la década del 30 con la construcción de la Rambla Sur. El Templo Inglés, que antiguamente estaba de espaldas al mar, en el espacio del antiguo Cubo del Sur que todavía se observa como una plazoleta adjunta a la Rambla, fue demolido cuando se construyó esta obra y el Estado construyó uno igual en su actual ubicación mirando al mar.

«El Bajo» era una zona de mal vivir, lleno de prostíbulos, garitos, casas de juego y despachos de bebidas, que prácticamente funcionaba las 24 horas, frecuentado por los marineros de los barcos que hacían escala en Montevideo, pero también por muchos montevideanos que hacían sus escapadas a esa zona prohibida por las rígidas costumbres imperantes. El Royal tenía en la esquina un amplio salón con mesas en donde se bebía y se bailaba.

Pero anexo a esto y con la entrada a mitad de cuadra sobre Bartolomé Mitre, había un teatro de variedades por donde desfilaban las principales figuras de la noche porteña y también orquestas típicas y cantores entre los cuales figuró el propio Carlos Gardel. Durante los días de semana, en las primeras horas de la tarde, el Teatro Royal estaba desocupado y el Partido Colorado y luego, particularmente, el Batllismo, lo arrendaron durante mucho tiempo para realizar allí las reuniones de su Convención.

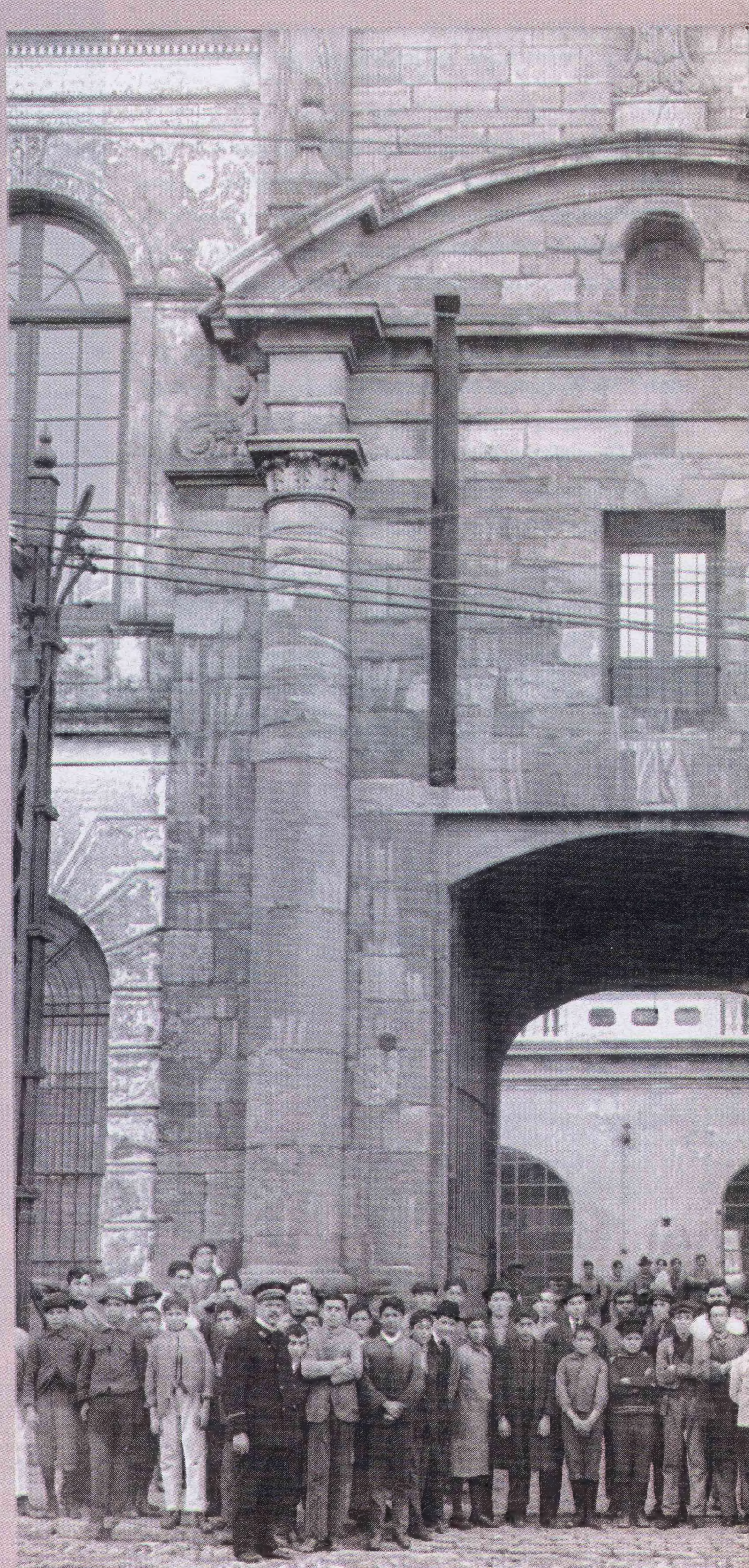
Las reuniones eran tumultuosas, especialmente en aquella época en que no había amplificadores y los oradores tenían que hablar a grito pelado. Más adelante, luego de su segunda presidencia, el propio Batlle asistía regularmente a los debates, desparramando su enorme corpachón en uno de los palcos y rodeado de ayudantes y secretarios. Cuando intervenía –contrariamente a lo que podría pensarse– hablaba en forma serena y pausada, sin los arranques típicos de los oradores de la época, haciendo razonamientos implacables y eludiendo casi siempre las apelaciones fáciles a temas emotivos.

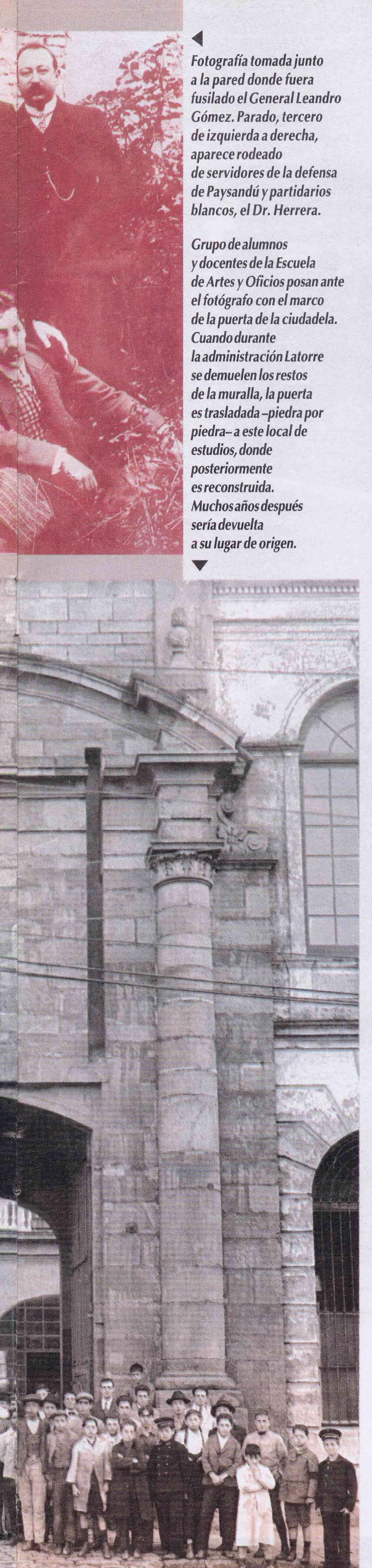
Desde ese lugar privilegiado, Batlle escuchó la palabra de decenas y decenas de delegados de las más diversas zonas de Montevideo y del país. Y esto le permitió, con su ojo de buen conocedor de las virtudes y los defectos de la política, seleccionar una importante cantidad de colaboradores que podían ser diversos entre sí pero que tenían, cada cual a su manera, algo que los distinguía.



Durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, el Foto Club Uruguayo realizaba anualmente exposiciones fotográficas. El valor de su colección de imágenes trasciende a lo estético, y se convierte en un referente para aquellos que quieran analizar la historia, la arquitectura y las costumbres de aquella época. La imagen corresponde a la exposición de 1906.







Fotografía tomada junto a la pared donde fuera fusilado el General Leandro Gómez. Parado, tercero de izquierda a derecha, aparece rodeado de servidores de la defensa de Paysandú y partidarios blancos, el Dr. Herrera.

Grupo de alumnos y docentes de la Escuela de Artes y Oficios posan ante el fotógrafo con el marco de la puerta de la ciudadela. Cuando durante la administración Latorre se demuelen los restos de la muralla, la puerta es trasladada –piedra por piedra– a este local de estudios, donde posteriormente es reconstruida. Muchos años después sería devuelta a su lugar de origen.



Lejos de convertirse en el fenómeno cultural y comercial masivo de hoy en día, y de ocupar el lugar relevante que hoy tiene en el universo simbólico de los uruguayos de todas las clases sociales, el fútbol en sus comienzos era un deporte amateur practicado por algunos ingleses «locos» del ferrocarril y miembros de la aristocracia rioplatense. Esta imagen muestra uno de los primeros cuadros hacia 1911.

Luis Alberto de Herrera

Entre los jóvenes que habían adoptado una actitud «concurrencista» (o sea, de presentarse a los comicios), empezaba a destacarse el Doctor Luis Alberto de Herrera, quien, siendo estudiante, había participado en la revolución del '97; fue luego secretario de nuestra legación en Washington y al estallar la guerra de 1904, renunció a su cargo para volver e incorporarse al movimiento armado.

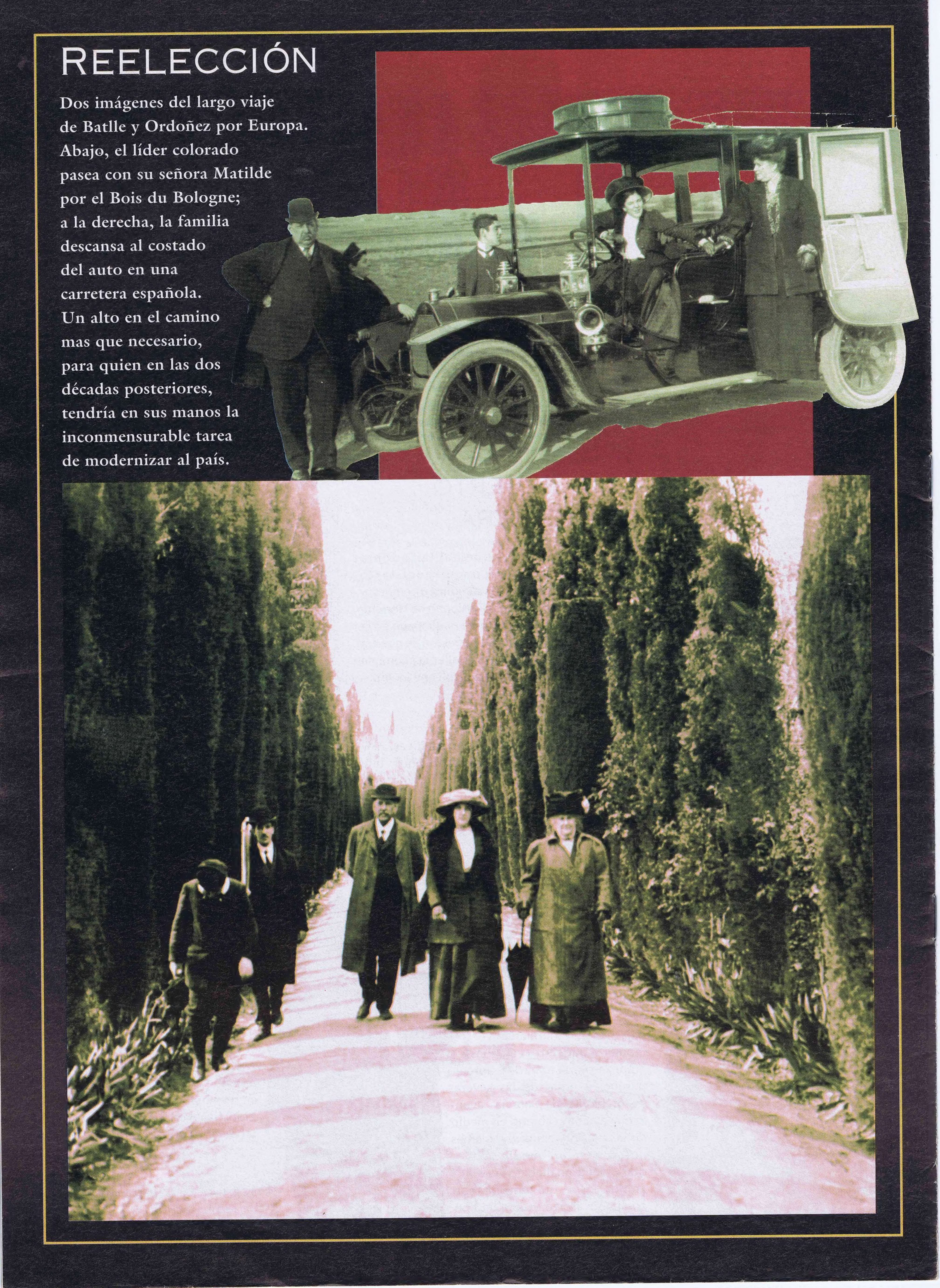
Las primeras experiencias de Herrera en la campaña revolucionaria fueron patéticas. El y sus jóvenes compañeros montevideanos, que sólo habían andado a caballo en Semana Santa, en la estancia de algún amigo, la pasaron muy mal la primera vez que tuvieron que hacer unas cuantas leguas de marcha forzada. Muchos terminaron en llaga viva desde los talones hasta las nalgas y tuvieron que darse mutuamente friegas de grasa para atenuar el dolor. Jóvenes de buenas familias, educados con esmero, supieron lo que es acallar el hambre a fuerza de mate o atracarse con ensopados de fideos y carne de capón. En medio de eso, la mayoría de los paisanos que sonreían al ver montar a aquellos «cajetillas» empezaron a tomarles aprecio porque, a pesar de las severas instrucciones de Saravia, avanzaban a campo abierto en medio de las balas enemigas y además porque en un medio mayoritariamente analfabeto, aquellos «niños bien» no desdeñaban compartir abrigo y comida con los paisanos y pronto se convirtieron en redactores de la gran mayoría de las cartas enviadas por mano a madres y novias.

El joven estudiante del '97 era ya un «joven dotor» en 1904 y veterano en las marchas y sacrificios de la guerra, integraba el grupo de secretarios del caudillo. Cuando muere Saravia, Herrera participa en la redacción de las bases de la Paz de Aceguá, mostrándose ya con personalidad propia dentro del partido, en donde aparecía como un doctor que sabía escribir y decir discursos pero que no le sacaba tampoco el cuerpo al sacrificio y a las balas enemigas.

En 1905 Luis Alberto de Herrera y algunos compañeros como Carlos Roxlo y Julián Quintana, fueron electos diputados y presentaron, habiendo conocido los sufrimientos de la gente pobre, el primer proyecto de reglamentación de la jornada laboral. El nacionalismo practicaba también, a su manera, aquella democratización que reclamaban los tiempos, pero Herrera tardaría todavía quince años más en empezar a disputar la jefatura de su partido.

Herrera, que hablaba inglés perfectamente desde niño, pudo observar en forma directa la vida política norteamericana en sus años en la legación en Washington. Muchas de las ideas antiimperialistas que practicaría luego en la política uruguaya, provienen de esta experiencia. Pero, por el momento, la continuidad del Partido Colorado en el poder era un hecho indudable, el regreso de Batlle de Europa lo convertía en un candidato natural y el nacionalismo estaba –como le gustaba decir– «en el llano».

Foto de Luis Alberto de Herrera tomada en la primera década del siglo XX.



REELECCIÓN

Dos imágenes del largo viaje de Batlle y Ordoñez por Europa. Abajo, el líder colorado pasea con su señora Matilde por el Bois du Bologne; a la derecha, la familia descansa al costado del auto en una carretera española. Un alto en el camino mas que necesario, para quien en las dos décadas posteriores, tendría en sus manos la inconmensurable tarea de modernizar al país.